



TIEMPO DE ESPERANZA

HORIZONTES QUE SE ABREN ANTE
UNA CRISIS ACTUAL

LUCAS BUCH

DIGITAL
REASONS



LUCAS BUCH

TIEMPO DE ESPERANZA

HORIZONTES QUE SE ABREN
ANTE UNA CRISIS ACTUAL

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI

Director de la colección: Emilio Chuvieco

© Autor: Lucas Buch

© Digital Reasons, 2021

www.digitalreasons.es

info@digitalreasons.es

Antonio Cumella, 16 - 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta e interior: montaje.digitalreasons de Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-123274-9-6

Depósito Legal: M-34409-2021

Ficha bibliográfica: Buch, Lucas (2021): *Tiempo de esperanza.*

Horizontes que se abren ante una crisis actual. Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y está libre de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Introducción.....	5
1. Recibir la esperanza	11
1.1 Una mirada a la situación actual.....	14
1.2 Un mundo cansado	17
1.2.1 El rendimiento en la vida espiritual.....	20
1.2.2 Encontrar personalmente a Jesucristo	22
1.3 Salvados por Cristo resucitado, hijos de Dios	23
1.3.1 La estatura espiritual del cristiano: ¿somos hijos de Dios!	27
1.3.2 Dios es Padre todopoderoso	30
1.3.3 Vivir continuamente como hijos de Dios	34
1.3.4 Encarar la vida como «un constante volver a la casa del Padre»	38
1.4 Encontrar el amor de Dios encarnado en Cristo.....	43
1.4.1 Descubrir los sentimientos de Cristo en la Cruz	45
1.4.2 Contemplar la pasión y dejarse mirar por Jesús ..	47
1.4.3 Meterse en las llagas de Cristo resucitado	51
1.5 Salvados en el Espíritu: primacía de la gracia y comunión de la Iglesia.....	55
1.5.1 El pulmón de la oración	56
1.5.2 Abrir el alma a la acción del Paráclito	61

1.5.3 Un cristiano nunca camina solo	70
1.6 Conclusión. «A Jesús por María»	77
2. El COVID: ¿Castigo o misericordia?	83
2.1 El absurdo del mal	85
2.2 Los relatos sobre el origen del mal	89
2.3 La revelación cristiana y el sentido del sufrimiento	94
2.4 ¿Castigo o misericordia?	100
2.5 Turno de preguntas	105

INTRODUCCIÓN

La esperanza es una virtud de futuro. Tiene que ver con el descubrimiento de que algo bueno nos espera, o de que seremos capaces de alcanzar algo que nos hemos propuesto. De unas décadas a esta parte, occidente está atravesando una crisis de futuro. Se ha llegado a decir que es una irresponsabilidad traer hijos al mundo, estando como está. Incluso se alzan voces que claman que lo mejor que puede hacer la humanidad es extinguirse... o al menos reducir drásticamente su número. Y no son personajes excéntricos y periféricos quienes lo dicen, sino algunas de las personas más influyentes del mundo. No sabemos qué nos depararán los próximos años, pero la pinta no es nada buena (al menos, nos parece que no lo es).

Junto a esto, se observan frecuentes fenómenos de desesperación entre los jóvenes. Precisamente quienes introducen el futuro en la historia se hallan particularmente desanimados, carentes de aquella dimensión del

tiempo que les es más propia. Se sienten a veces imperfectos, incapaces de hacer lo que se espera de ellos; otras veces angustiados ante la cantidad de elecciones decisivas que deben tomar, abrumados por la carencia de un criterio que les ayude a acertar.

Mirando la realidad, uno se pregunta de dónde habrán surgido todas estas ideas. Cualquiera de nuestros mayores, a los que hemos llorado durante los meses más oscuros de la Covid, podría describir con gran viveza lo que es atravesar tiempos de dificultad. Igualmente serían capaces de mostrarnos cómo se lanzaron al mundo de los adultos con una preparación muy inferior a la de sus nietos. Sin tantos idiomas, ni trajes o vestidos, ni músculos, ni estudios especializados. Entonces, ¿por qué ese pesimismo, que nos lleva —a jóvenes y menos jóvenes— a refugiarnos en una vida de placeres fáciles y transitorios, en lugar de embarcarnos en la tarea de sacar adelante una familia, de hacer este mundo un poco más luminoso, de llevar a quienes las necesitan algunas facilidades de las que otros disfrutaban abundantemente? Quizá tiene que ver con la reivindicación del presente, tan propia del mayo del 68; con la crítica de las utopías y las grandes visiones de la historia, que cayeron con el muro en el 89; con el bombardeo, al que nos tiene sometido la industria del cine, de películas que prevén un futuro apocalíptico; con algunos imperativos de éxito y perfección, a los que nos tienen sometidos los nuevos modos de trabajo y la lógica de los medios digitales; y, últimamente, con la lectura que se ha hecho de la Covid-19 y el modo en que siguen presentándola los medios de comunicación.

No cabe duda que hemos vivido acontecimientos que llevaban tiempo olvidados en occidente. No cabe duda que muchas personas han sufrido —y seguirán sufriendo. Pero quizá la principal fuente de desánimo haya sido

la expectativa de una vida sin esfuerzo y sin dolor, que habíamos ido elaborando en los últimos años, y que es característica de un fin de época. No hay que olvidar que occidente lleva ya más de un siglo convencido de que ha llegado al culmen de la humanidad —y más allá del culmen no cabe ascenso. Sin embargo, no es la primera vez que pasa esto. Algunos autores han trazado un paralelismo entre el momento actual y el final del Imperio romano, por ejemplo. Por eso me pareció muy significativo leer el pasado verano este texto de san Agustín. Predicando a sus coetáneos, se percibe la sensación que el público tenía de estar atravesando una época inédita por su dificultad. Frente a todo eso, afirma su obispo:

¿Por qué has de pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor que los actuales? Desde el primer Adán hasta el Adán de hoy, ésta es la perspectiva humana: trabajo y sudor, espinas y cardos. ¿Se ha desencadenado sobre nosotros algún diluvio? ¿Hemos tenido aquellos difíciles tiempos de hambre y de guerras? Precisamente nos los refiere la historia para que nos abstengamos de protestar contra Dios en los tiempos actuales. ¡Qué tiempos tan terribles fueron aquéllos! ¿No nos hace temblar el solo hecho de escucharlos o leerlos? Así es que tenemos más motivos para alegrarnos de vivir en este tiempo que para quejarnos de él¹.

Lo que se pretende en estas páginas es, precisamente, ofrecer «motivos para alegrarnos de vivir en este tiempo», motivos de esperanza. Por una parte, ofreciendo herramientas para comprender mejor el momento que vivimos. Por otra, abriendo horizontes que permitan cami-

.....
1 San Agustín, *Sermón Caillau-Saint Yves* 2, 92; usado en el Oficio de lecturas del miércoles de la XX semana del tiempo ordinario.

nar esta época del mundo bajo la luz más adecuada —por ser la más real—, que es la que nos ofrece Dios.

Las dos partes del libro son muy distintas, por su origen, enfoque y extensión. La primera trata con cierta amplitud la actual crisis de esperanza, tal como se ha desarrollado en los últimos años. El ambiente profesional, la cultura del éxito y algunos otros rasgos propios del mundo en que vivimos habían hecho, antes de la llegada de las mascarillas, que muchas personas cayeran en la desesperanza. Por eso, se intenta hacer una lectura de algunos desencadenantes y se ofrecen itinerarios que hacen posible una recuperación de la esperanza, cimentada en la roca firme de la fe. Puesto que se trata de un camino teológico, no resultará extraño que la respuesta que se ofrezca sea del mismo género. Solo Dios puede encender la llama de la fe y ofrecer al alma la seguridad de una esperanza que «no defrauda» (Rm 5,5).

El origen de esta primera parte son unos textos preparados para los cursos de formación permanente de sacerdotes del Opus Dei. De ahí que los itinerarios arranquen de sendos descubrimientos de san Josemaría Escrivá en sus primeros años de sacerdocio². El texto llegó a manos de Emilio Chuvieco, director de *Digital Reasons*, y fue él quien se puso en contacto conmigo y me animó a editarlo para un público más amplio. Así pues, al revisar el escrito, he procurado ampliar la mirada, de modo que la exposición pueda servir también a cualquier cristiano, sacerdote o laico. En todo caso, el texto conserva cierta cir-

.....

2 Algunos reconocerán enseguida los «nuevos Mediterráneos» que dieron lugar a un librito de espiritualidad que tuvo muy buena acogida. De hecho, los capítulos de ese libro nacen de este escrito, y tomaron de él, en algunos casos, frases y hasta párrafos enteros. Algunos elementos sirvieron también de base para el desarrollo de otros artículos, como por ejemplo, «El hombre “creador de sí mismo”. Actualidad del pensamiento de K. Wojtyła sobre la libertad», *Scripta Theologica* 52/3 (2020) 647-674, o «Educar en la fe la generació postmilenial», *Temes d'Avui* 62 (2020) 43-54.

cularidad y una notable abundancia de citas, que tienen que ver con la idea de que pudiera servir no solo como esquema de una exposición, sino también como texto de meditación, más basado en ideas de autores relevantes, que en las reflexiones —menos interesantes— del propio autor. Por otra parte, el origen del escrito permite comprender también que se trata de un texto que han leído muchas personas, y se ha enriquecido con las sugerencias de numerosos y muy variados lectores. Quienes más se implicaron en este trabajo fueron Borja de León y José Manuel Martín Quemada, que sin duda merecen una mención especial.

La segunda parte, en cambio, trata directamente de una cuestión que ha planteado la situación generada por la Covid-19. Ya en los meses de más estricto confinamiento recibí algunas invitaciones a responder, por vía digital y para un público preferentemente universitario, a la pregunta: «¿Por qué Dios permite esto?». En internet se encuentran aún varias de aquellas sesiones, que abordan distintas dimensiones de la cuestión. Aquí se enfoca desde el origen y el sentido de la situación que se ha generado, visto en perspectiva teológica. La Covid, ¿se puede considerar un castigo de Dios? ¿O es posible descubrir en ella la misericordia de Dios? De la respuesta que se dé a estas preguntas, resultan imágenes muy distintas de Dios.

En realidad, esta segunda parte nace de la transcripción de una sesión un poco posterior a las del confinamiento. Esta tuvo el privilegio de ser presencial, y formaba parte del ciclo *¿Es la pandemia un castigo?*, que habían organizado los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras —sí, aún existen cosas así— de la Universidad de Navarra. Las otras sesiones que completaban el ciclo

ofrecían una mirada desde la Filosofía; la que se reproduce aquí, lo hacía desde la Teología, esto es, desde lo que permite pensar la revelación cristiana. No pretende dar una respuesta exhaustiva a la cuestión, que es inmensa. Ni siquiera agota todas las dimensiones de la respuesta que da, y por eso se han dejado en el texto las preguntas que siguieron a la exposición. He intentado limitarme a pulir un poco la transcripción, aclarando algunos puntos, completando las citas y procurando pasar de la forma oral de exposición a la escrita. Con todo, al final he introducido también alguna modificación más profunda, como un cambio de orden en las secciones; me ha parecido que así era más claro el hilo argumental.

También la segunda parte la han leído varias personas, que lo han enriquecido con sus sugerencias y comentarios, y también a ellos estoy muy agradecido. En particular, debo agradecimiento a Miguel Brugarolas y a Pablo González Alonso, por su honda mirada sobre el texto, aunque por supuesto no les hago responsables de las imprecisiones y carencias que hayan quedado. Teniendo en cuenta todas sus limitaciones, me ha parecido que podía ser de utilidad completar la primera parte de este volumen con algunas reflexiones en torno a la Covid. A fin de cuentas, de ahí han surgido muchas preguntas a los creyentes. Y, por lo menos desde tiempos de san Pedro, a los cristianos nos corresponde estar «dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1P 3,15).

1. RECIBIR LA ESPERANZA

La experiencia del fracaso y la conciencia de la propia incapacidad, ligadas a menudo a la competitividad que impregna el mundo en que vivimos, llevan a muchas personas por un camino que desemboca en el desánimo, el desaliento y, en último término, la desesperanza. Fenómenos que antes se resolvían o se sobrellevaban con entereza, hoy constituyen la causa de una tristeza de fondo, que resulta destructiva desde edades muy tempranas. Por si esto fuera poco, nos hemos visto inmersos en una inusitada situación de pandemia que ha extremado las cosas. *Curar la desesperanza* se ha convertido en un aspecto fundamental de la misión de la Iglesia con gente joven... y no tan joven.

¿Cómo encarar este desafío? Quizá habría que comenzar por preguntarse: ¿qué hace *valiosa* la vida humana?, ¿qué hace valiosa *mi* vida? En el mundo occidental, la respuesta se encuentra a menudo entre la opinión de los demás y el éxito, que debe ser, además, obra de las

propias fuerzas. El ser humano se ha convertido en un absoluto creador de sí mismo, cuya obra debe ser ensalzada por todos. Alcanzar esta meta marca la calidad de la propia vida. Ahora bien, ¿cuál es el origen de esta idea?, ¿en qué se basa? ¿Es una visión compatible con la fe cristiana?; y, por otra parte, ¿qué hay de cierto en ella?

En una memorable conferencia, el entonces cardenal Joseph Ratzinger proponía una alternativa fundamental a la hora de dar razón del mundo y de configurar una ética:

Se trata de saber si la razón o lo racional se halla o no al comienzo de todas las cosas y como fundamento de las mismas. Se trata de saber si lo real surgió en virtud de la casualidad (...) o si sigue siendo verdad lo que constituye la convicción fundamental de la fe cristiana y su filosofía: «In principio erat Verbum», al principio de todas las cosas se halla la fuerza creadora de la razón³.

En pocas palabras: o bien el origen de lo real es irracional, o bien hay en él una inteligencia. La primera posibilidad es la que propone cierta teoría de la evolución, netamente atea, que ha pasado de ser una teoría científica —aplicada a ciertos ámbitos de lo real—, a presentarse como una filosofía primera —una explicación general de la realidad⁴. Se afirma entonces que el universo entero evoluciona más o menos aleatoriamente y se va confor-

3 J. Ratzinger, *Fe, Verdad y Tolerancia*, Salamanca: Sígueme 2005, p. 158; la conferencia se tituló «Vérité du Christianisme?», y tuvo lugar en la Sorbona, París, en el marco de un congreso en torno al cristianismo y el fin de milenio.

4 Sobre la distinción entre afirmación de la evolución y posibles explicaciones de la misma, puede servir la somera presentación de A. Pardo, *El evolucionismo. Estado de la cuestión*, Seminario del Grupo *Ciencia, Razón y Fe*, 10.3. 2018, disponible online en <https://www.unav.edu/web/ciencia-razon-y-fe>

mando según un modelo de selección natural. Esta visión del cosmos configura también un modo de comprender la vida humana y social: su concepto clave se encontraría «en el modelo de la selección, es decir, en la lucha por la supervivencia, en la victoria del más fuerte, en la adaptación exitosa»⁵. Nuestra existencia, entonces, no tendría más valor que el del éxito que logremos en la lucha por la supervivencia y en la prevalencia sobre los demás (que se convierten, lógicamente, en competidores). El hombre es el creador de su propio valor, y en esa tarea puede triunfar... o fracasar, y en tal caso merece sencillamente ser descartado como un ejemplar que no ha logrado adaptarse adecuadamente al medio y al tiempo en que le tocó vivir.

La alternativa a esta descarnada visión es la propia del cristianismo, que en este punto se encontró con el pensamiento griego: en el origen del mundo hay una inteligencia que da orden a la naturaleza. En realidad, la revelación bíblica va más allá de la sabiduría pagana, al identificar esa inteligencia con un amor personal. En el origen del mundo, así como en el de cada vida humana, hay un pensamiento de Dios, y precisamente de un Dios que ama singularmente a cada persona. La expresión más acabada de esa idea se encuentra en los escritos de san Juan, quien afirma tanto la presencia del *Lógos* —la inteligencia, el orden, la palabra— en el origen de todo, como que «Dios es amor» (1Jn 4,8; cfr. Jn 1,1). En cuanto a la explicación del origen del cosmos, esta idea es compatible con la afirmación de la evolución. En relación con la vida humana, permite afirmar que cada ser humano tiene un valor infinito, independientemente de su fuerza, de sus logros, de su éxito en la competición con los demás,

.....
 5 J. Ratzinger, *Fe, Verdad y Tolerancia*, p. 159.

pues depende del bien que Dios ha descubierto y ha depositado en él.

Al exponer esta disyuntiva fundamental, Ratzinger hacía una afirmación sorprendente:

En último término se trata de una alternativa que no puede resolverse simplemente en el terreno de las ciencias naturales y que, en el fondo, tampoco puede ya resolverse filosóficamente⁶.

¿Cómo se puede entonces dar respuesta a esta alternativa? Hay un modo, que consiste en atender al *éthos* —el modo de vida— al que da lugar cada uno. La ética propia de la evolución afirma que no hay bien ni mal, sino solo la victoria del mejor. La fe cristiana, en cambio, que descansa sobre el descubrimiento del amor personal de Dios, es capaz de proponer una vida que cree en la afirmación del otro, en el cuidado mutuo (y en especial de los más necesitados), en el perdón, en la paz.

En definitiva, o el hombre ha de ser un creador autosuficiente de sí mismo, o está llamado a acoger el bien que el Creador ha puesto en él. La mentalidad occidental del siglo XXI insiste en lo primero y, por ese camino, ha conducido al cansancio, al hastío, a la más negra desesperanza. Ante este horizonte, ¿qué propone el cristianismo?

1.1 Una mirada a la situación actual

Hay mucha gente cansada. Malas caras. Malas contestaciones. Hartazgo. Sensación de *no-puedo-más*. Personas de todas las edades que viven con la cabeza en un descanso —en forma de fin de semana o de vacaciones— que, habitualmente, nada tiene que ver con su vida dia-

.....
6 *Ibid.*, p. 158.

ria. También los cristianos viven a menudo cansados, por múltiples motivos: aparte los profesionales y familiares, a los que no son inmunes, una vida interior que parece rutinaria y apagada; el esfuerzo por seguir un modo de vida que choca con la experiencia de la propia debilidad, con caídas repetidas o defectos que no se logra superar; el desafío de vivir una fe que se encuentra contestada desde instancias muy distintas; la disminución continuada del número de fieles o instituciones cristianas en occidente (y, más doloroso aún, en la propia familia), a la que se unen noticias escandalosas en todos los niveles... Todo esto, que era una realidad hace unos años, se ha visto potenciado y multiplicado por una inesperada pandemia.

En definitiva, es como si el esfuerzo por vivir y transmitir los ideales cristianos no fuera ya suficiente para alcanzar una felicidad que se desea hondamente. Como si hubiera que resignarse a lo que tanto tiempo han venido pregonando los filósofos de la sospecha y sus discípulos: no hay bien ni mal, no hay alma ni vida eterna, no hay amor que dure para siempre; no somos más que animales, algo más evolucionados que el resto, sí, pero igualmente sujetos a los instintos y deseos... felices en la medida en que los satisfacen... y nada más.

El papa Francisco dio una respuesta a esta situación al afirmar que «nuestra época es un *kairós* de misericordia, un tiempo oportuno»⁷. Y al preguntarle por qué, señalaba:

porque la de hoy es una humanidad herida, una humanidad que arrastra heridas profundas. No sabe cómo curarlas o cree que no es posible curarlas. Y no se trata sólo de las enfermedades sociales y de las personas he-

7 Francisco, *El nombre de Dios es Misericordia. Entrevista con A. Tornielli*, Barcelona: Planeta 2016, pp. 26 y 36, respectivamente.

*ridas por la pobreza, por la exclusión social. También el relativismo hiere mucho a las personas: todo parece igual, todo parece lo mismo*⁸.

Llevamos ya unas décadas inmersos en una *dictadura del relativismo*, pero no es ya una cuestión reservada a intelectuales enzarzados en abstrusos debates, sino que se ha convertido en una realidad cotidiana, diaria, real como la vida misma.

Ahora bien, cabría preguntarse, ¿realmente estamos en un *kairós*, en un momento oportuno, idóneo para la misericordia? ¿No nos ha mostrado la reciente pandemia que no anhelamos nada más que diversión, placer, satisfacción? Lo que seguirá a la presente crisis, ¿no será una versión renovada, al alcance de todos, de los «felices años 20»? Es posible, y hay quien ha avanzado ya ese pronóstico. Pero el siglo XXI nos permite valorar lo que tuvieron de «felices» aquellos años y comprender un poco mejor la sed que hay en el fondo de estos fenómenos. Al atender al origen profundo de la situación de occidente, Benedicto XVI afirmaba: «El verdadero problema de nuestro momento histórico radica en que Dios está desapareciendo del horizonte de las personas»⁹. Esa es la raíz, que conduce directamente a la fuente que puede responder a la necesidad de fondo que tantos fenómenos actuales ponen de manifiesto. Por eso, en estas páginas no se dará una respuesta que se quede en el ámbito de la sociología. Junto a la comprensión del tiempo que vivimos, es preciso volver los ojos a Dios.

.....
8 Idem.

9 Cfr. Benedicto XVI, *Últimas conversaciones*, Bilbao: Mensajero 2016, p. 17.

1.2 Un mundo cansado

Dar razón de la situación actual exigiría un estudio en profundidad de los cambios que supuso el paso de la sociedad medieval a la modernidad, y de los que ha significado el colapso de esta última. Aunque eso supera en mucho las posibilidades de este escrito, vamos a fijarnos en un detalle que nos permitirá comprender mejor algunos de los fenómenos que observamos a diario.

Algunas décadas atrás, uno sentía que había hecho su parte si estaba donde debía y cumplía con las tareas que le correspondían (porque lo indicaba la autoridad, o lo marcaba el lugar que ocupaba en la sociedad). Existía una instancia ordenadora, y a los demás les correspondía obedecer. De algún modo, esto es lo que estaba en la mente de todos en lo que se denominó la *sociedad disciplinaria*¹⁰.

Este esquema —que se aplicaba por igual en el ámbito familiar, laboral, político e incluso religioso— no sirve ya para describir nuestro modo de vivir. En los últimos siglos se ha abierto camino la idea de que el hombre es un creador de sí mismo. El ideal americano del *self-made man* o la filosofía de Nietzsche son solo expresiones de esta idea. Al proponerse objetivos y llevarlos a cabo, sin imposiciones externas ni ayuda de nadie, el hombre consigue hacerse a sí mismo. Esto, que en un primer momento se presentó como una liberación, ha dado lugar en realidad a otra imposición, de signo distinto a la que intentaba superar, pero igualmente onerosa. El nuevo imperativo no es ya *haz lo que te mandan*, sino *haz todo lo posible*, partiendo de la base de que nada es imposible.

.....
10 Sobre el origen de esta terminología, cfr. A. Quevedo, *De Foucault a Derrida. Pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard y Baudrillard*, Pamplona: Eunsas 2001, especialmente pp. 82-89.

Cuando este ideal se convierte en el rasgo distintivo de toda la sociedad, se llega a lo que Byung-Chul Han ha denominado la *sociedad del rendimiento*. En un escrito tan breve como interesante, apunta: «El sujeto de rendimiento está libre de un dominio externo que lo obligue a trabajar o incluso lo explote»; sin embargo, «la supresión de un dominio externo no conduce hacia la libertad», sino que uno mismo se abandona

*...a la libre obligación de maximizar el rendimiento. El exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en autoexplotación. Esta es mucho más eficaz que la explotación por otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad. El explotador es al mismo tiempo el explotado*¹¹.

El paso de la sociedad disciplinaria (donde la mentalidad de fondo estaba caracterizada por la obediencia a la autoridad) a la sociedad del rendimiento (donde se trata de desarrollarse al máximo, logrando todo lo posible) implica que el ser humano en su conjunto se convierte «en una “máquina de rendimiento”, cuyo objetivo consiste en el funcionamiento sin alteraciones y en la maximización del rendimiento»¹². El cuerpo debe ser perfecto: atractivo y capaz de los esfuerzos que a uno le parezcan más deseables. Basta pensar en la proliferación de gimnasios en las ciudades, en el floreciente negocio de la cirugía estética o en la popularización de deportes que hasta hace no mucho se consideraban reservados a unos pocos, como las maratones o las competiciones *Iron Man*. Pero también la vida profesional debe alcanzar cotas de excelencia; en

.....
11 B.-C. Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder 2012, pp. 31-32.

12 *Ibid.*, p. 72.

general, ninguna de nuestras capacidades debería dejar de alcanzar el mayor desarrollo posible.

«El reverso de este proceso —señala Han— estriba en que la sociedad de rendimiento y actividad produce un cansancio y un agotamiento excesivos». En una palabra: «el exceso del aumento de rendimiento provoca el infarto del alma»¹³. Tras esta expresión es posible reconocer un amplio abanico que va, desde distintas formas de agotamiento o depresión, hasta enfermedades neuronales como el trastorno por déficit de atención, el trastorno límite de la personalidad o el síndrome de desgaste ocupacional. Otras veces, el infarto del alma se manifiesta en el estrés, la ansiedad o la falta de autoestima que son tan frecuentes en muchos ambientes.

Ahora bien, sería un error comprender este diagnóstico refiriéndolo solo a los profesionales que viven en el mundo de las grandes empresas, de los sueldos astronómicos y de la competitividad salvaje. A menudo las personas casadas lo experimentan en la misma vida conyugal, que se ha convertido en una tarea difícilísima. Asimismo, muchos estudiantes —¡incluso en edad escolar!— se ven sometidos a iguales presiones de parte de sus padres. No basta ya que los hijos sean los primeros de la clase: deben dominar varios idiomas, ganar las competiciones de debate, tocar algún instrumento musical... y ser encantadores ante las visitas. Fuera del radio familiar, muchos adolescentes experimentan esa misma presión al buscar la aceptación general, en forma de *like* o de pertenencia a un grupo. Son expresiones de la vida en una sociedad del rendimiento, donde el acento se pone en las propias capacidades, en las propias fuerzas, y en la necesidad (autoimpuesta) de un éxito continuo, a la vista de

.....
13 Idem.

todos, en el que poder reconocer (no solo demostrar) la valía personal.

1.2.1 *El rendimiento en la vida espiritual*

El paradigma propio de la sociedad del rendimiento es capaz de penetrar también la dimensión religiosa. En el ámbito espiritual, el infarto del alma puede tomar la forma de la *des-esperanza*: desesperar de que uno mismo sea capaz de vivir como cristiano, desesperar de la misma posibilidad de la vida cristiana. Por otra parte, los rasgos propios de la sociedad del rendimiento pueden manifestarse en lo que el papa Francisco denominó «neopelagianismo autorreferencial y prometeico»¹⁴. *Neopelagianismo*, en cuanto la acción de Dios, siempre imprevisible y escondida, cuenta menos que el sentir que podemos hacerlo, sin la ayuda de nadie. *Autorreferencial*, pues el criterio por el que se mide la vida interior es la satisfacción personal, entendida como un estar en paz con uno mismo. Y *prometeico*, ya que la vida espiritual mira a la maximización del rendimiento —en este caso, se trata de alcanzar ciertas metas ascéticas, evangelizadoras o de impacto en la sociedad—, más que a la comunión con Dios, que a menudo pasa oculta. Por extraño que parezca, tanto el voluntarismo como el aburguesamiento crecen desde la misma raíz: una vida espiritual que se basa en las propias fuerzas y mira a la propia satisfacción.

Francisco presentaba este fenómeno como una forma de *mundanidad espiritual*, es decir, como un cristianismo que no ve más allá del mundo material en que vivimos. En el plano de la vida personal, eso se traduce en una salvación que depende sólo de las propias fuerzas y que

.....
14 Francisco, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*, 24.11.2013, n. 94.

se mide por criterios mundanos —de éxito, de bienestar, de reconocimiento institucional o social. En el plano de la misión en el mundo, se manifiesta en unas preocupaciones que no trascienden una sociología de grupo, desprovista de Dios y de una mirada trascendente. Y así, en lugar de salir al mundo entero a predicar el Evangelio (cfr. Mc 16,15), se prefiere la seguridad de vivir para un pequeño ambiente en que todo se haga como es debido¹⁵.

¿Puede extrañarnos que esta «vida espiritual» y esta «misión» dejen un profundo regusto de amargura e insatisfacción en el alma?, ¿que algunas personas que han dedicado su vida a Dios, confundiéndolo con esta suerte de mundanidad, acaben «defraudadas»? ¿Puede sorprendernos que más de una persona, al reconocer la propia debilidad o la falta de fuerzas para realizar el proyecto propuesto, termine hundida en una paralizante desesperanza?

En esta situación, se hace urgente recordar que la santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en cumplir una serie de tareas, en llegar a un cierto estándar o en

...realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya¹⁶.

Esta expresión de Benedicto XVI recoge, tanto el protagonismo divino en esta obra, como la insustituible cooperación humana. No hay fruto sin semilla, pero nin-

15 Sobre estas cuestiones, cfr. *Evangelii Gaudium*, nn. 93-97, así como Ex.Ap. *Gaudete et exsultate*, 19.3.2018, cap. 2 y la Carta *Placuit Deo* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 22.2.2018

16 Benedicto XVI, *Audiencia General*, 13.4.2011.

guna semilla puede crecer en el vacío. El hombre prepara la tierra, quita las piedras, las zarzas, las malas hierbas... pero luego no le cabe más que esperar en una obra que no es suya (cfr. Mt 13,1-23).

1.2.2 *Encontrar personalmente a Jesucristo*

Los últimos pontífices han hablado de esta crisis de fe y de esperanza, y la solución que han propuesto es en el fondo la misma: redescubrir a Dios, salir en busca de Cristo (dejándose encontrar por Él), dar primacía a la obra de la gracia y lanzarse —«¡Mar adentro!»— siguiendo la voz del Señor (cfr. Lc 5,4). No es casual que, en su primer documento de cierta extensión, el papa Francisco escribiera:

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹⁷.

En efecto, se trata de un hilo que recorre el magisterio de los últimos papas. En realidad, es el mensaje perenne de la Iglesia, desde la predicación de san Pedro: «No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos» (Hch 4,12).

La situación actual constituye una llamada a proponer ese mismo contenido de un modo renovado, de tal manera que interpele y resulte significativo para quienes

.....
17 Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 7; la cita es de Benedicto XVI, Enc. *Deus Caritas est*, 25.12.2005, n. 1.

viven el mundo de hoy. Se trata de que los cristianos encuentren a Cristo y vuelvan a vivir centrados en Él, en lo que Dios ha hecho —y hace— por ellos. Precisamente de esa conciencia y de esa experiencia de salvación nacerá la lucha cotidiana por vivir como hijos de Dios, pendientes de los demás, con una misión en el mundo. Es preciso partir del don de Dios, siempre nuevo, para florecer en obras de caridad, de tal modo que toda la vida se apoye en el fundamento que hace posible vivir, siempre, «alegres en la esperanza» (Rm 12,12). Las siguientes páginas son una invitación a volver la mirada a esa fuente original. Una invitación que aprovechará algunos descubrimientos que hizo san Josemaría Escrivá cuando era un joven sacerdote.

1.3 Salvados por Cristo resucitado, hijos de Dios

El apóstol san Pablo escribía a los fieles de Éfeso: «recordad que entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,11-12). Su situación había cambiado al encontrar a Jesucristo resucitado y haberse dejado salvar por Él. Con la fe, habían recibido la esperanza, una esperanza que «no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5).

Es siempre instructivo volver sobre la vida de los primeros cristianos. Ellos no veían en la fe, primeramente, una doctrina que había que aceptar, sino el regalo de una vida nueva, el don del Espíritu Santo que, tras la resurrección de Cristo, había sido derramado en sus almas. Como escribió Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza cristiana, para ellos

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Tiempo de esperanza*, de Lucas Buch. El libro completo, en dos partes, ofrece herramientas para comprender mejor el momento que vivimos y abre horizontes para recuperar la esperanza ante la crisis actual.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/tiempo-de-esperanza

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Un mundo cansado.** La situación actual, la sociedad del rendimiento, el rendimiento en la vida espiritual y el encuentro personal con Jesucristo.
- **Hijos de Dios.** La estatura espiritual del cristiano, Dios como Padre todopoderoso y la vida como un constante volver a la casa del Padre.
- **El amor de Cristo y la acción del Espíritu.** Los sentimientos de Cristo en la Cruz, la contemplación de la pasión, la oración, el Paráclito, la comunión de la Iglesia y «A Jesús por María».
- **El COVID: ¿castigo o misericordia?** El absurdo del mal, los relatos sobre su origen, el sentido del sufrimiento a la luz de la revelación cristiana y un turno de preguntas.

Nace de cursos de formación y de una charla universitaria, e incluye las preguntas que siguieron a la exposición.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-123274-9-6



Escanea para comprar